

Dibujos que cuentan

Por dentro / Inside

POWERPAOLA

La Silueta, Bogotá, 2012, 126 págs.

Mi destino está en tus manos

MARÍA ISABEL RUEDA,

MARCOS CASTRO

Jardín Publicaciones, Bogotá, 2012, 24 págs.

Once:once

STEFHANY YEPES LOZANO

Jardín Publicaciones, Bogotá, 2013, 70 págs.

Cosas de viaje

KEVIN SIMÓN MANCERA VIVAS

Jardín Publicaciones, Bogotá, 2012, 48 págs.

La Felicidad

KEVIN SIMÓN MANCERA VIVAS

Jardín Publicaciones, Bogotá, 2012, 220 págs.

UNA DE las tendencias más interesantes del arte contemporáneo colombiano es el dibujo. Desde hace unos años, los artistas vienen recuperando el interés por la libreta de apuntes, por el enfrentamiento a las dificultades de la sombra y la perspectiva a punta de lápiz, por el retrato, por lo anecdótico, por lo espontáneo y por lo autobiográfico. El dibujo contemporáneo colombiano es, en la mayoría de los casos, autorrepresentativo y, por lo tanto, desenfadado: no busca gustar, sino más bien expresar. Sin embargo –lo cual puede ser paradójico–, tiende a ser figurativo y hasta narrativo: es decir, no es canónico ni clásico, pero sus autores buscan que la función comunicante inmediata y clara no se pierda.

Después de que gritaran a los cuatro vientos que la pintura ha muerto, la plástica contemporánea demuestra que esto no es cierto y el dibujo renace para confirmar que la idea es completamente equívoca. Quién sabe, quizá el mejor arte figurativo que se hace hoy viene del dibujo: dibujo joven, emergente y asequible para los coleccionistas en ciernes. Basta visitar las galerías. “Una diminuta hoja de papel puede contener todo el mundo”, dijo alguna vez el fotógrafo y pintor ale-

mán Alfred Otto Wolfgang Schulze.

Como anotaba, el dibujo contemporáneo colombiano es, en buena medida, figurativo y comunicante. Pues hay más: se podría decir que es narrativo; es decir, que es común que cada pieza forme parte de un todo más grande que termina siendo un discurso, una historia, global. El arte en la contemporaneidad se ha desacralizado, lo que le ha permitido acercarse a otras prácticas y expresiones. En el caso que nos atañe, el dibujo se ha acercado al cómic, a la historieta, a la narración gráfica, sin que esto ni le quite ni le ponga (los artistas de hoy no se juran parte de ningún parnaso).

Ese despertar del dibujo en el arte contemporáneo colombiano está íntimamente ligado a un desarrollo editorial nuevo por completo. Ya no se trata de los libros de artista al estilo de *Coffee table books*, sino de piezas más artesanales y con un corte narrativo y discursivo. Pequeños libros en los que, a través de una secuencia de dibujos, el artista plantea unas ideas muy propias, aquellas que están detrás de las obras que se exhiben en las galerías, y que muchas veces pasan inadvertidas para el público.

No son pocas las editoriales jóvenes que le están apostando a estas propuestas. Así, le devuelven también al arte su función de objeto de uso; lo sacan de las galerías y de los espacios del mercado artístico elevado y lejano. En la página de internet de Jardín Publicaciones, una de estas editoriales colombianas, se puede leer: “El objetivo de estos libros es que el artista trascienda la exhibición en espacios artísticos y difunda su trabajo a un público más amplio”. Lo dicho: la desacralización del arte. Desacralización tanto en el qué como en el cómo. Tanto en la obra misma como en la forma de presentarla y relacionarla con la sociedad.

Powerpaola se hizo famosa hace unos años en la escena colombiana cuando fueron apareciendo los tres tomos de su novela gráfica *Virus tropical*. Desde ahí no ha parado y ya consiguió un nombre de respeto; es más, se podría decir que su estilo es ya un referente para quienes trabajan el dibujo narrativo o el cómic (no es fácil establecer las fronteras entre lo uno y lo otro, y para qué).

La obra objeto de esta nota se titula *Por dentro/Inside*. No podría llamarse de otro modo, pues se trata de la publicación de una de las libretas de apuntes de Powerpaola. Es decir, es la publicación de lo que durante años ella fue encontrando a su paso por las calles, le resultó interesante y convirtió en un dibujo. O de lo que soñó, de lo que sufrió, de lo que imaginó, mientras caminaba por París, Buenos Aires o Bogotá. En últimas, una libreta muy íntima, muy de ‘por dentro’.

Pero aquí la mirada de la artista no es omnisciente. Powerpaola no dibuja lo que habrían visto sus ojos. No, el centro del dibujo es ella, muchas veces desnuda, atacada, perdida, asustada, asombrada, desfigurada, lo que le da a las páginas del libro un aire más íntimo. Ante cada dibujo, imposible no preguntarse qué estaría ella pensando, en qué situación se hallaría, qué carajos estaba sintiendo para terminar dibujándose así. Un libro para revisar muchas veces, ya sea como una narración o metiéndose de a poquitos en cada dibujo, cual voyerista.

Si en *Por dentro/Inside* el centro termina siendo la misma Powerpaola, *Mi destino está en tus manos* gira más bien en torno a las ideas de infinito y tiempo de los artistas María Isabel Rueda y Marcos Castro: un mundo más onírico y menos físico, menos literal. Más universal, ahora que lo pienso.

Más que de un libro, se trata de un bello plegable de diez cuerpos. Un lado para María Isabel, el otro para Marcos. Rueda hizo una secuencia de obras en Colombia y se las envió a Castro a México. Mejor dicho, puso su destino en manos de su amigo, quien terminó el trabajo y se encargó del otro lado de la obra. “Como en una carrera de relevos simultánea –se puede leer en el estuche– Marcos Castro y María Isabel generan un círculo abierto; el uno al otro se pasan de mano en mano la responsabilidad de empezar o de terminar, se entregan la obsesión del otro sin miramientos. Generan una rutina en la que las bases para continuar están solo sugeridas y abiertas. La operación se invierte: el que sigue ahora es seguido, el que mira es mirado, el que empieza acaba y lo completo se convierte en una invitación a lo inacabado”. Las técnicas:

RESEÑAS		ARTE
<p>aguadas, tinta china y rapidógrafo.</p> <p>El lado de Rueda remite de inmediato al mundo de las hadas, al de los sueños sin comienzo ni fin, en tanto que la respuesta de Marcos, su amigo, remite al mundo de la muerte, al de las pesadillas eternas.</p> <p>Luz y oscuridad. Las dos caras de la misma moneda. Un juego. Un juego en el que al lector/espectador no le queda más que involucrarse.</p> <p>Todos alguna vez lo hemos pensado. Estamos, yo qué sé, mirando por la ventana después de escribir una reseña, en la cama sin poder dormir, en la sala de espera del oftalmólogo, en un bus casi vacío, y nos preguntamos qué estará haciendo el mundo. A esa hora, cuántos estarán haciendo el amor, dónde estarán matando a alguien, en cuál iglesia habrá alguien confesándole un crimen a un padrecito adormilado, dónde habrá una novia dándole el sí a su amor y a cuántos metros de donde estamos alguien estará muriendo de un infarto, o de un tiro, o de una enfermedad de esas largas que llaman penosas.</p> <p>Pues bien, la artista Stefhany Yepes Lozano fue más allá. No solo se hizo la pregunta, sino que realizó una bella serie de dibujos al respecto, dibujos que se convirtieron en un libro titulado <i>Once:once</i>.</p> <p>¿Qué puede pasar a las once y once? Yepes propone treinta y dos dibujos a manera de respuesta. ¿Las posibilidades que pasan por su mente? Aquí van algunas: se rompe un huevo, una niña cruza los dedos, un ama de casa acaba con su vida, un niño deja de respirar, un poni se caga... Pueden estar pasando en este momento –de seguro están sucediendo, varias veces, al mismo tiempo– mientras usted lee esta reseña.</p> <p>La línea de Yepes es básica, casi infantil, pero la idea detrás de sus dibujos no es inocente. En su libro, muchas veces hay una relación irónica entre lo que dice cada texto y lo que proponen las imágenes. Uno lee: “Una mujer tiene un accidente automovilístico”, y lo que ve es a una señora que tumba una montaña de latas con el carrito del mercado. Uno lee: “Una mujer se prepara para la acción”, y lo que se aprecia es a una encapuchada. Uno lee: “Para alguien no son las 11:11”, y se observa un reloj de muñeca que</p>	<p>indica las 11:12. La obra de Stefhany Yepes Lozano –al menos en este libro– es dulcemente perversa.</p> <p>Kevin Simón Mancera Vivas es un artista que lleva años haciendo productos editoriales a partir de dibujos: en 2010, tras una exposición que hizo en la galería Nueveochenta, sacó un interesante libro de dibujos sobre el fracaso. Ese mismo año, como fruto de su experiencia como residente en una beca en São Paulo (Brasil), publicó <i>Cosas de viaje</i>, el libro que ahora revisamos.</p> <p>El orden del libro deja ver que Mancera buscó controlar la impresión que le generó el monstruo que es São Paulo. Arranca, entonces, de una forma casi naïf, con el mapa de América Latina; después vienen las cifras y los datos demográficos y políticos de la ciudad; a continuación, el escudo. Entonces la São Paulo que Mancera encontró empieza a abrirse: la de las basuras, la de los cielos llenos de aviones y helicópteros, la del fútbol, la de la gente de todas partes del mundo, la de las comidas callejeras y la de la soledad de un joven colombiano.</p> <p>El ritmo es narrativo, una secuencia de escenas y personajes: como un corto. La línea de dibujo de Mancera es rápida y consigue transmitir el ritmo de la ciudad, tanto el de afuera –el de las calles– como el de adentro –el de la intimidad y la vida diaria del residente colombiano y los detalles que lo van sorprendiendo–; pero hay que decir que cuando más se luce es cuando se concentra en los rostros, en los gestos, en las impresiones de la gente; es ahí, en ese trabajo, donde se hace inolvidable.</p> <p>Pero hay más Mancera. En 2012 el artista se dio a la tarea de buscar los lugares llamados Felicidad que hubiera en América Latina. Terminó viajando, cámara y libretas en mano, a siete de ellos. El libro titulado <i>La Felicidad</i> (cómo más se podría llamar) es el resultado de este peregrinaje. Se trata de una colección de los dibujos que realizó en cada uno de estos sitios; mejor dicho, en ‘Las Felicidades’ que halló en Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Colombia, México y Cuba. Nada que ver con el <i>kitsch</i> de la alegría. Más bien lo contrario: pequeños poblados, cruces de carretera, montañas desoladas, que, sabrá Dios por qué, terminaron llevando el nombre</p>	<p>de La Felicidad. En las últimas páginas del libro, el artista Gabriel Mejía Abad anota: “No creo que Kevin haya encontrado la felicidad, lo que sí logró fue desaparecer, huir por un momento y entrar en el tiempo del viajero, porque como me dijo un día en su cuartico de dibujo: ‘Lo importante es el viaje, lo demás son sólo excusas’”.</p> <p>En el trabajo sobre São Paulo, y aún más en el de la felicidad, se percibe que Mancera es un cronista, un narrador: un ilustrador de las formas de vida y de las más comunes escenas de lo que va hallando a su paso en cada lugar. Tras revisar su trabajo, imposible no pensar en los apuntes de viaje de Francisco Antonio Cano o en los trabajos de Henry Price o Carmelo Fernández.</p> <p>El caso de Mancera bien ilustra la idea del dibujo contemporáneo figurativo (que también lo hay abstracto, y muy bueno): no busca el objeto estético ni tampoco lo hace bello a la hora de dibujarlo. El propósito es otro. Contar, narrar, expresar. Es acaso la más íntima e intimista de las técnicas. No por nada se elabora en esas pequeñas libretas de bolsillo, tan secretas, tan personales, tan de obra no terminada.</p> <p>Puro proceso en los dos sentidos, tanto en el de pieza sin finiquitar como en el de desarrollo y narración de lo que va de la primera a la última página. En fin, el dibujo contemporáneo cuenta.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>